



México, el ejemplo

Si hay algo que la Crítica a la Economía Política, *El Capital*, de Karl Marx enseñó con exactitud milimétrica, es el concepto de los ciclos económicos en el capitalismo, caracterizado por la repetición ad nauseam de sucesivas etapas de crecimiento o desarrollo y de crisis económicas. Es la historia misma del capitalismo. Cuando las empresas se bursatilizan para fines de obtener recursos de inversión, la ganancia traslada su eje de la producción de bienes y servicios al de la especulación. El dinero respaldado en oro o en la fortaleza e integración de la planta productiva, diluye sus referentes por la ilusión de la mercantilización de bonos y futuros.

Desde el brutal crack económico de 1929, ha habido en el mundo por lo menos siete crisis. Ninguna de ellas fue resuelta. Apenas fueron paliadas, pospuestas. Se acumulaban rezagos, tensiones y se sumaban debilidades. Hasta que la pandemia provocó la completa paralización que desembocó en desorden mayúsculo que hoy se nos impone. La ortodoxia neoliberal receta de inmediato dolorosas medidas contra cíclicas, inyectar recursos masivos en las grandes ramas industriales dominadas por poderosísimas empresas corporativas, muchas de ellas con capitales y presupuestos anuales superiores a las reservas de no pocos países.

Hace pocos días, Alicia Bárcena, secretaria ejecutiva de la CEPAL, daba a conocer que medidas contra cíclicas aplicadas en 2008 habían agravado sensiblemente el desempleo y la pobreza. Fueron medidas tomadas en la ortodoxia neoliberal; esto es, la pagarían los asalariados.

En febrero, al inicio de la contracción económica mundial desatada por la pandemia, el gobierno mexicano anunció el reparto de dinero a las familias más pobres, a los adultos mayores y a los discapacitados. Programas sociales sin intermediarismo que permitirán, en plena contracción económica, mantener el consumo de parte importante de la población más desprotegida y, consecuentemente, mantener el consumo con la economía ralentizada pero funcionando.

Además, antes de apelar automáticamente a solicitar préstamos al FMI, como dicta la ortodoxia, el gobierno mexicano primero apeló a usar recursos propios y rescató el dinero de más de 700 oscuros fideicomisos. Muy probablemente se solicitará crédito, pero será menor y en mejores condiciones. Por ello, Moodys y Standard and Poors bajaron dos o tres puntos la calificación de la deuda soberana mexicana. La oposición empresarial que sustituyó a los desorientados partidos políticos puso el grito en el cielo. Incluso llamaron a un golpe de Estado. Safios.

Lo que el gobierno mexicano hace no es nuevo. Lo hizo el presidente Roosevelt en 1933 y con eso sacó a Estados Unidos de la Gran Depresión. El pueblo recuperó de a poco sus niveles de bienestar. La recuperación permitió los preparativos de guerra; la economía se reactivó y EU llegó a la guerra potente y bien armado.

Las medidas criticadas por las calificadoras y consideradas ominosas por el FMI por no recurrir de primera instancia al crédito, son las mismas medidas tomadas por el mejor presidente que han tenido los Estados Unidos en toda su historia.

Es la diferencia entre el Estado de Bienestar que siguió a la Segunda Guerra Mundial, que logró tras casi cuatro décadas consecutivas de progreso en todos los sentidos, y el Estado neoliberal que desde los años 80 ha empobrecido a la tres cuartas partes de la población planetaria. Primero los pobres no es una mera frase retórica de campaña política, es la concepción misma del tipo de Estado que puede resolver el desgarrate en el que un sistema económico basado en supuestos probada y repetidamente mal fundamentados, insiste en seguir.

Si esta megacrisis tiene eventualmente una salida que no sea bélica, será porque los tomadores claves de decisiones entraron en razón y siguieron el ejemplo de México. Será necesario sustituir los referentes de respaldo de las economías y las monedas por algo mucho más estable que petrodólares o bitcoins, el patrón oro. Punto.